

ALMA.

(SU LIBERTAD.)

Creavit Deus hominem ad imaginem suam.
Dios crió al hombre á imagen suya.
(Gen. 1, 27.)

Tal es el destino de la virtud sobre la tierra: si ella tiene amigos sinceros que la defienden con valor, tambien tiene enemigos furiosos que la combaten con encarnizamiento; su luz, al mismo tiempo que encanta á los espíritus dóciles, irrita á las almas soberbias. La índole de la verdad es, hacer frente á todos los vicios y á todos los errores. Bajo de este supuesto; ¿qué extraño es que se armen contra ella todas las pasiones y todas las preocupaciones? Todos tenemos mas ó ménos el deplorable talento de oscurecer las cosas mas claras, de embrollarnos con nuestras propias sutilezas, y de conseguir mas de una vez dar un vislumbre de verosimilitud á las paradojas mas repugnantes. Hace mucho tiempo que Ciceron dijo, que no ha habido absurdo que no haya tenido defensores aun entre ingenios nada vulgares. Estas reflexiones, señores, nos han ocurrido naturalmente con motivo de la discusion que vamos á entablar sobre el libre albedrío. Ciertamente; si hay alguna doctrina luminosa y sencilla, cuyo sentimiento esté universal y profundamente grabado en el corazon humano, es la de que existe en nosotros un principio activo, capaz de deliberar, elegir y decidirse, y la de no ser máquinas sometidas á impulsos puramente mecánicos, ni plantas que vegetan por leyes puramente físicas, ni animales guiados por un ciego instinto que los domina y arrastra. Mas, sin embargo, yo no sé si el estudio de la filosofía presenta una cuestion mas envuelta en las nubes del sofisma, que la de la libertad del alma humana, combatida por todo lo mas sutil é intrincado que ha podido inventar la dialéctica. En este punto,

la corrupcion del corazon se ha unido á los extravíos del entendimiento; y por odioso y funesto que sea el fatalismo, no ha dejado de tener sectarios en todos los siglos. ¡Tan cómodo es persuadirse, que las pasiones no arrastran con una fuerza irresistible, que nuestras acciones dependen únicamente de nuestros órganos, y que un invencible destino forma nuestros vicios y nuestras virtudes! Bien se puede, con semejante doctrina, ostentar en los discursos la moral mas rígida; porque, al mismo tiempo, se adormece por ella la conciencia en el vicio, la sensualidad no es turbada en sus placeres, y hasta el mismo crimen puede vivir en la calma de la inocencia.

Al tratar hoy, señores, de vindicar la libertad de nuestras almas de los ataques de los sofistas antiguos y modernos, es preciso no equivocarnos sobre el verdadero objeto de la discusion, y entendernos bien para no enredarnos en disputas interminables. No pretendo, que en todas sus ideas, sus deseos é impulsos esté el hombre á cubierto de toda necesidad. ¡Cuántos movimientos de que no es dueño tienen sus órganos! ¡Cuántas impresiones en los sentidos, cuántas sensaciones consiguientes á ellas, y cuántos pensamientos indeliberados no experimentamos á pesar de nosotros mismos! Nadie ignora, tampoco, que hay cosas agradables por sí mismas, á las que nos entregamos sin fuerza ni violencia, y en las que, sin embargo, no somos libres. El amor de nosotros mismos, el deseo de nuestra felicidad, es ciertamente el mas conforme á nuestra voluntad, y es, sin embargo, el en que el hombre es ménos libre. Bossuet, al principio de su *Tratado sobre el libre albedrío*, fija el sentido de la cuestion con las siguientes palabras: «La cuestion se reduce á saber, si hay cosas que están de tal modo en nuestro poder y á nuestra eleccion, que podamos elegirlas ó no elegirlas.» De este modo la libertad consiste en la facultad de determinarse por su propia eleccion.

Esta facultad es otro de los rasgos de nuestra semejanza con Dios. Vamos, pues, á demostrarla, y, al mismo tiempo, rebatiremos las dificultades que se presenten. Pidamos antes la gracia. A. M.

1. Todo nos dice, que nuestra alma tiene la facultad de deliberar y obrar por eleccion; que es señora de sus determinaciones, y, en una palabra, que es libre. Consultemos desde luego el sentimiento, ese testimonio interior, que nos advierte de todo cuanto pasa en nosotros. Si queremos por un momento recogernos dentro de nosotros mismos, descubriremos, que nuestra alma se conoce, se ve, se siente á sí misma; que tiene un conocimiento seguro de sus pensamientos, de sus facultades y de sus operaciones; y que un sentimiento vivo y

profundo, que no puede evitar, la advierte de su estado, de lo que experimenta, y, en fin, de lo que es: por consiguiente, á poco que cada uno de nosotros se escuche y se consulte á sí mismo, siente que piensa y que existe. Si; cada uno de nosotros siente clara y distintamente, á lo ménos en una infinidad de circunstancias, que puede hablar ó callar, andar ó estar quieto, guardar un secreto ó revelarlo, socorrer á un indigente ó desatenderle, obrar ó no obrar; y si esta libertad fuese una ilusion, ¿cómo podría yo sentirla de este modo? ¿Podemos sentir lo que no existe, la nada, tan positivamente como lo que es real y efectivo?

Si queremos conocer á fondo esta libertad, hagamos la experiencia en una de las cosas indiferentes por sí mismas, y en la que ninguna razon ó motivo nos incline mas á una que á otra parte: por ejemplo, si yo me determino á levantar el brazo y á moverle, me es indiferente llevarle á derecha ó á izquierda, y puedo ejecutar ambos movimientos con igual facilidad. Moviéndole de este modo á mi arbitrio, puedo muy bien experimentar el placer de usar de mi libertad; pero éste es siempre el mismo, ya lleve mi brazo á un lado, ya lo dirija al opuesto; y cuanto mas profunda y sériamente considero porque le llevo, por ejemplo, á la derecha, tanto mas palpablemente conozco, que es tan solo porque mi voluntad me ha determinado á ello por su propia actividad, y por esa facultad de elegir, que constituye su esencia. Soy ciertamente, y de tal manera, dueño de mis movimientos, que puedo anunciar los que haré, y comprometerme tambien á confirmar ó desmentir cuantas conjeturas se quieran hacer sobre ellos; y es tan positivo el poder que tengo de elegir, que si se conjeturase que en cierto momento debo levantar un brazo, no temeria comprometerme á tenerle inmóvil; y acaso bastaria que se me creyese obligado á hacer un movimiento determinado para que ejecutase el contrario. Sin duda es libre el hombre en cosas mucho mas importantes que en el movimiento de sus brazos; pero yo no necesito por ahora de mas ejemplo que este para hacer ver, que el hombre no es una máquina, y para echar de este modo por tierra el fatalismo.

Tal vez se nos objetará, que este sentimiento íntimo de nuestra libertad puede muy bien ser una ilusion, y que acaso somos determinados necesariamente por impulsos reales, aunque insensibles, y afectados como si fuésemos libres, aun cuando no lo seamos. Esto seria querer impugnar un hecho con una posibilidad, una realidad con una suposicion del todo imaginaria, y el sentimiento positivo de la libertad, con una negacion arbitraria de este mismo sentimiento. Y cuando yo siento que tengo el poder de hablar ó callar; cuando

tengo un sentimiento tan profundo y luminoso de mi libertad, como el de mi pensamiento y existencia; ¿se ha de querer mirar como una ilusion lo que yo siento de un modo tan claro y positivo? ¿Por qué no llamais igualmente quimérico el sentimiento de vuestra existencia? Con semejantes racionios todo se trastorna, y no queda medio alguno de distinguir el juicio de la locura, ni la mentira de la verdad. Con tal manía de oponerse á todos nuestros sentimientos interiores mas claros y mas vivos, se nos conduciria á dudar hasta de nuestros pensamientos y existencia, porque, al cabo, nosotros no sabemos que pensamos y existimos sino porque nosotros mismos sentimos nuestro pensamiento y nuestra existencia.

Yo convengo, en que hay algunos actos en los cuales somos arrastrados por una secreta necesidad; pero tambien lo sentimos perfectamente. Así, el hombre se ama á sí mismo con un amor, que sin duda le es en extremo grato, pero necesario, porque no nos es posible dejar de amarnos. Podemos muy bien experimentar alguna vez deseo de viajar para instruirnos, así como experimentamos el de ser felices; pero con la diferencia, de que ni aun se nos ocurrirá la idea de que podamos dejar de querer nuestra felicidad, cuando por el contrario, sentimos claramente, que podemos dejar de emprender un viaje: para esto meditamos y nos consultamos á nosotros mismos, miéntras que jamas sujetamos á deliberacion si queremos ser felices ó no; lo cual demuestra, que si nos sentimos necesariamente impelidos por nuestra naturaleza á desear ser felices, tambien nos sentimos libres en escoger los medios para serlo.

Haré algunas reflexiones bien sencillas, y sin embargo muy embarazosas para esos metafísicos ingeniosos, que quieren combatir con sus sofismas el sentimiento de nuestra libertad. Llamais ilusion, les diré, al sentimiento de mi libertad, y quereis combatirla con los argumentos de no sé qué metafísica; pero advertid, que todas vuestras razones serán inútiles para mí, si no llevo á conocer su verdad. No puedo conocerla sino por el sentimiento de una luz interior, que me anuncie su presencia; porque la verdad no lo es para mí sino por el sentimiento que tengo de ella. Y si no debo creer el sentimiento de mi conciencia, que me dice que soy libre, ¿por qué razon quereis que crea el sentimiento de esa misma conciencia cuando me diga que teneis razon? Si no debo dar crédito al sentimiento de mi libertad, ¿por qué he de darlo al de la verdad de vuestros racionios? ¿Creéis que he de sentir mas claramente la fuerza de vuestras razones, que mi misma libertad? Ya estais enredados en vuestros propios lazos; pero aun hay mas: me acusais de que cedo con demasiada facilidad á

las apariencias, y de que soy muy crédulo; queréis despreocuparme, y en consecuencia despleáis todo vuestro sistema del fatalismo; me lo explicáis en todas sus partes, queriendo convencerme de la solidez de vuestras ideas y de la debilidad de las mías; ¿pero no es esto mismo creerme capaz de examinar, de meditar mis ideas y las vuestras, de deliberar, de elegir; y, en fin, de decidirme á favor ó en contra de vuestra doctrina? ¿Y este poder es acaso otra cosa que el uso mismo de mi libertad? Ved, pues, como para probarme y convencerme de que no soy libre, os veis forzados á suponer que lo soy.

Esta última consideracion nos conduce á la segunda prueba tomada de la evidencia del raciocinio.

2. Es incontestable, que la libertad es posible: todos los hombres tienen idea de ella, y todas las lenguas tienen voces y modos de hablar muy claros y precisos para explicarla. Todos distinguen lo que nos es posible, y lo que está sujeto á nuestra eleccion de lo que no lo está; y aun los que niegan la libertad, no dicen que no entienden esta palabra, sino que no existe lo que se quiere significar por ella. Pero, ¿por qué razon no ha de haber podido Dios dar al hombre la facultad de elegir entre diferentes objetos y determinarse por un impulso propio, personal é inherente á su naturaleza? Si Dios ha podido comunicarnos alguna parte de su infinita inteligencia, dándonos la razon, y algun tanto de su poder creador, concediéndonos la facultad de crear, en cierto modo, tantas formas nuevas en la materia, y de inventar tantos modos de hermohear y perfeccionar la naturaleza misma; ¿por qué no ha de haberle sido posible hacernos partipantes de su soberana libertad en el grado de subordinacion y de imperfeccion que conviene á la criatura? La razon misma, ilustrada por la experiencia, nos dice, que no hay ningun motivo determinante, ningun bien particular ni inclinacion alguna natural, que nos arrastre irresistiblemente; y que así podemos elegir por la accion misma de nuestro libre albedrío.

No hay duda, que el hombre obra determinado por algun motivo, y por eso es inteligente y racional; pero ¿es irresistible este motivo? Hé aquí el punto decisivo de la cuestion. Si lo es, ¿por qué, antes de ceder, reflexionamos y deliberamos? A nadie le ocurre sujetar á una deliberacion si ha de morir algun dia, ó si al abrir los ojos ha de ver la luz; en esto nos dejamos llevar del curso inevitable de las cosas: pero cuando se presentan razones para obrar ó no obrar, conocemos que debemos pensarlas, porque queremos obrar por eleccion.

¿Qué ceguedad hacer al hombre un sér puramente pasivo ba-

jo el imperio de la necesidad, y querer explicar sus determinaciones, sus voluntades y elecciones por medio de impresiones mecánicas! ¿Qué relacion hay entre el acto de mi voluntad, cuando escoge, y el choque de un cuerpo impelido por otro? No depende de las facultades del que ha sido impelido deliberar sobre el movimiento ó empuje que recibió, modificarle ó tomar una direccion opuesta á la que le ha sido dada; el alma, por el contrario, se recoge en sí misma, medita sobre las impresiones que experimenta, y despliega, segun la acomoda, su fuerza y actividad. Pónganse los dos platos de una balanza en un perfecto equilibrio: el peso que se eche en uno de ellos le hará bajar, sin que pueda resistirse á la fuerza que le arrastra, pues no está en su poder permanecer fijo como antes, porque es meramente pasivo; pero no así nuestra alma, que es activa, y obedece ó resiste segun su voluntad. Guardémonos de formar falsas ideas de los motivos que obran en nuestra alma, y no nos figuremos, engañados por nuestra imaginacion, que un *motivo* es como un cuerpo que carga con todo su peso sobre otro cuerpo. Un motivo es una idea, un sentimiento, una consideracion, que se excita en el alma; es cierta cosa espiritual. Una razon para obrar no es la accion misma; y hay mucha distancia entre las luces del entendimiento y las decisiones de la voluntad. ¿Y cuántas veces por una contradiccion, que patentiza nuestra libertad, seguimos en la práctica lo que desaprobamos en teoría?

Ahora conoceréis cuán fútil es la objecion de que, viniendo nuestras ideas de los sentidos, y nuestras determinaciones de nuestras ideas, todo viene á depender de la organizacion fisica. Yo responderé, que no sucede lo mismo con respecto al alma, sustancia activa y que delibera, que con respecto á un instrumento al tocar sus cuerdas; pues el alma, despues que la accion de los nervios, músculos y fibras ha excitado en ella las sensaciones y por medio de ellas las ideas, tiene la facultad de compararlas, combinarlas y valuarlas; y si bien, por una parte, es pasiva como un instrumento músico, si se quiere, es, por otra, activa por su misma naturaleza. Lo que en este punto nos alucina es, que en muchas cosas se encuentra la necesidad al lado de la libertad; de lo que resulta, que la confundimos por falta de reflexion: me explicaré. Los colores que veo, los sonidos que oigo, los olores que percibo, y las impresiones exteriores que reciben los órganos, excitan en mi alma ciertas sensaciones que no puedo evitar: en esto me siento forzado. Tampoco soy libre en no sentirme acosado del hambre ó de la sed, penetrado de alegría ó de dolor, y agitado de deseos; ni en de-

jar de experimentar ciertos movimientos indeliberados y pasajeros; pero pasa el momento de la necesidad, y empieza luego la libertad: la voluntad ejerce su imperio sobre estas mismas impresiones; es su soberana y no su esclava, así como los órganos son sus ministros y no sus señores; pues aunque pueden ser rebeldes, jamás su rebelion destruye la autoridad de aquélla, sino que, al contrario, la supone. Sabemos distinguir debidamente las impresiones necesarias de todo aquello en que somos libres; y tambien ciertos actos indeliberados de aquellos que están á nuestra eleccion. Así, el guerrero mas intrépido puede temblar involuntariamente al principio de una batalla; pero penetrado de lo que le mandan el honor y el deber, marcha hácia el enemigo con un valor premeditado. Así tambien, á la mitad de un concierto agradable formais la intencion de oirlo hasta el fin; pero si os acordais de alguna obligacion que teneis que cumplir, reflexionais, y al momento os decidís por eleccion á sacrificar el placer al deber. ¿Y quién no sabe discernir estas diversas afecciones y distinguir en qué es libre, y en qué no lo es?

La razon, pues, no dice, que no hay ningun motivo, ni bien particular, ni inclinacion natural que tenga una fuerza irresistible: por lo cual el hombre es libre antes de obrar, puesto que puede elegir; y es libre en sus acciones, toda vez que dependen de su eleccion.

3. Consultemos, por último, la fe del género humano. Si se tratase de los secretos de la naturaleza, de las ciencias llamadas exactas, del conocimiento físico del globo y del mundo planetario; en una palabra, de todo lo que supone grande capacidad ó sabias investigaciones, no deberíamos ciertamente tomar la opinion general de los pueblos por arbitrio y regla de la nuestra; pero en las cosas que todos sienten, que están unidas á la conducta regular de la vida, y son la regla universal de las acciones y de los juicios de todos los hombres, no puede ménos de llamar nuestra atencion el convencimiento universal, constante é imperturbable de las naciones y de los siglos. ¿Y cómo seria posible dejar de ver en él, uno de los sentimientos que inspira la naturaleza, y que están arraigados en el fondo mismo del ser racional? Si en algunas cosas los mismos sabios son pueblo á causa de sus preocupaciones, tambien el pueblo es verdadero filósofo sobre varios objetos. Entre los ingenios mas sublimes y nosotros, hay muchas cosas comunes; y es necesario tambien, que entre sus ideas y las nuestras haya un punto de comunicacion sin el cual no podríamos entendernos. Este punto de comunicacion es el sentido comun; y en lo que pertenece al sentimiento y al sentido comun confieso, que respeto mucho la autoridad del género humano.

Y ¿cuál ha sido su creencia sobre el libre albedrío? No es difícil saberlo. Si los hombres son libres, es natural que deliberen antes de obrar; que dirijan sus pensamientos á lo futuro; que su prevision les reserve recursos, y se decidan siempre por el partido que crean mas prudente. Esto es precisamente lo que han hecho en todos tiempos; de tal modo, que los que han obrado sin reflexion, han sido mirados como almas superficiales, ó se les ha tenido por temerarios ó locos. Si somos libres, es natural aconsejar á los hombres, que huyan del vicio, que practiquen la virtud, que sacrifiquen las pasiones á la obligacion, y merezcan por una conducta sin tacha la consideracion pública. Todo esto en la doctrina de la libertad está á nuestro alcance; y así vemos á los sabios, á los hombres virtuosos, á los legisladores de todos tiempos, y á cuantos han sido amigos de la humanidad, consagrar sus trabajos y desvelos á hacer á los hombres mejores y mas felices. Por último, si somos libres, es natural que la sociedad nos imponga leyes; que nos obligue á seguirlas; que premie á los que se mantienen fieles á ellas, y castigue á sus infractores; y esto mismo es lo que la historia nos refiere de todas las sociedades civiles. Se han visto ademas filósofos sistemáticos alzarse contra la libertad y combatirla en sus escritos; pero en la práctica desmentian su teoría, obrando y conduciéndose como si fuesen libres. De este modo, en todos tiempos y lugares han presentado los hombres todos los fenómenos y las señales características de la libertad; han pensado, han hablado y han obrado como deben hacerlo los seres libres: de donde se infiere, que la libertad es uno de los atributos de la naturaleza humana.

4. Paso ahora á las pruebas indirectas del libre albedrío, sacadas de los mismos absurdos y de las horribles consecuencias del sistema contrario, ó sea del fatalismo.

Muchas veces, señores, el medio mas corto y fácil de juzgar un sistema es examinarle por sus consecuencias inmediatas. Puede el sofista, á fuerza de sutilezas y de los ardidés ingeniosos de la dialéctica, dar un vislumbre de verdad á los errores mas monstruosos; de modo, que llegue á ser difícil seguirle en sus complicados argumentos, ó hacer ver su falsedad, aun cuando se conozca perfectamente. Entónces, es preciso examinar las consecuencias necesarias de su doctrina; pues el árbol se conoce por sus frutos; y cuando las consecuencias son absurdas, ¿podrán ser verdaderos los principios? Apliquemos esto al fatalismo: si os dijese terminantemente, que no hay en realidad vicio ni virtud en este mundo; que los remordimientos no son mas que una quimera y el vano tormento de los ilusos, os

escandalizariais de tales proposiciones. Si añadiese, por último, que tampoco hay Dios, ¿no os irritariais aun mas? Pues veamos ahora si no son estas las tres consecuencias inmediatas é inevitables del fatalismo; y de este modo seremos conducidos por la fuerza misma de las cosas á la doctrina opuesta, la del libre albedrio.

Yo sostengo desde luego, que en el sistema del fatalismo no hay realmente bien ni mal; en este concepto me dirijo á sus defensores, y les pregunto: ¿os parecen desórdenes y crímenes los asesinatos, los parricidios, los envenenamientos, la calumnia, la crueldad en los padres, la ingratitud en los hijos, la perfidia en los amigos, y la mala fe en el comercio de la vida? Por el contrario, ¿os parecen cosas arregladas, y teneis por virtudes la probidad, el agradecimiento, la justicia en el magistrado, el valor en el guerrero, y la beneficencia en el rico? ¿Es malo lo uno y bueno lo otro? Hablad: si todo es igual á vuestros ojos; si no advertís otra diferencia entre el bueno y el malo, que la que se nota entre el voraz gavilan y la tímida paloma; si el parricidio y el amor filial son para vosotros lo mismo que una furiosa tempestad ó un dulce rocío, ¿qué sentimientos son entónces los vuestros? ¿Y no os parece semejante doctrina tan horrible, que no os atreveriais á profesarla públicamente? Mas si á un lado veis crímenes, y al otro virtudes, sois inconsecuentes; porque al fin, si, segun vosotros los fatalistas, todo existe necesariamente; si todo lo que es, debe ser y no puede ser de otro modo, y si todo está encadenado por las leyes del destino irresistible; todo entónces está en su lugar, y todo está ordenado; entónces, no se ha quebrantado regla alguna, ni hay desórden, porque éste no es otra cosa que la infraccion de una regla, que debe seguirse y no se ha seguido. Así, Neron cantando el incendio de Troya á la vista de Roma ardiendo, y San Luis administrando justicia debajo de la encina de Vicennes, no hacian mas que cumplir con sus inevitables destinos; el uno fué justo por la misma razon que el otro fué cruel; es decir, por el curso de una invariable necesidad. Del mismo modo Tito y Calígula, siendo el primero las delicias del género humano, y su espanto el segundo, son dos anillos igualmente necesarios de la cadena de los seres, el uno de hierro, si se quiere, y de oro el otro, pero nada mas; pues la diferencia de su conducta no dependia de su eleccion, así como la diferencia entre aquellos dos metales no consiste en ellos; así, por último, puede llamarse inocente un asesino, citado ante los tribunales, y teñidas aun sus manos en la sangre de su semejante. Y en efecto, en el sistema del fatalismo tendria derecho para decir al magistrado: «Me he visto tan precisado á cometer este homicidio,

como vos lo podeis éstar á vengarle; el temperamento obra en mí, como en vos, por un impulso irresistible de la naturaleza; yo he debido ser el tigre que devora su presa, y vos debeis ser el cazador que le persiga; sois mas feliz que yo, pero no soy culpable mas que vos.» En verdad, señores, que si el magistrado fuese fatalista, podria, sí, condenar al asesino, pero no replicar á su arenga.

La segunda consecuencia es, que los remordimientos son una quimera, y que el único partido prudente es sofocarlos. El remordimiento consiste en la conviccion íntima que tenemos de haber debido y podido dejar de hacer la accion ejecutada, de cuya conviccion resulta en el hombre un combate aflictivo entre la conciencia que le acusa, y el entendimiento que se ve obligado á condenarle. Pero si quitais al hombre la libertad, si el culpable no pudiese evitar el mal, ¿habria cosa mas necia que reprochárselo? Que el hombre responsable de un hurto, de una muerte, ó de una calumnia voluntaria, y penetrado de que tenia libertad para no cometer estos delitos, se reconvinga á sí mismo, es una cosa muy natural; pero si ha sido arrastrado á ellos irresistiblemente, y le han sido tan inevitables como una enfermedad y la muerte, seria tan ridículo echárselos en cara como lo seria que un moribundo se acusase de su agonía.

La tercera consecuencia del fatalismo es, que no hay Dios. En efecto, la primera idea que despierta en el alma el recuerdo de Dios es la de un ser santo por esencia, que no puede aprobar ni cometer delitos; y despojarle de su santidad es lo mismo que aniquilarle. Por consiguiente, el fatalista se ve precisado ó á no reconocer á Dios, ó á hacerle autor de todos los males que infestan la tierra. Segun su sistema, el mundo moral, así como el fisico, se dirigiria por impulsos y movimientos inevitables, y todas las acciones humanas, así como los fenómenos de la naturaleza, no serian mas que el desarrollo necesario de la direccion primitiva, impresa en las almas como en los cuerpos. Entónces no solo permitiria Dios el mal como procedente del abuso de la libertad, sino que él mismo seria la verdadera causa de él; entónces el crimen del asesino, así como la erupcion de un volcan, que abrasa los lugares inmediatos con su lava encendida, seria efecto de la voluntad divina, y el mal procederia de Dios y no del hombre. ¡Ah! antes diré, no solo sin temor de blasfemar, sino penetrado de un profundo respeto á la santidad del Dios, que adoro, que si fuese preciso admitir el fatalismo, y creer que el hombre no es libre, convendria predicar al instante el ateísmo como la primera de todas las verdades. Pero si todas estas consecuencias nos espantan, volvamos á la doctrina enseñada por la sana razon y por la Reli-

gion; volvamos á la doctrina de la libertad de nuestras almas.

Mas se dirá todavía, Dios lo ha previsto todo; lo que él ha previsto que habia de suceder, es preciso que suceda; su ciencia es infalible, y no podemos hacerla faltar ejecutando lo contrario de lo que ella ha previsto, y por consiguiente, no se puede conciliar la libertad del hombre con la presciencia divina. Esta dificultad, señores, es ya bien antigua, y se ha hecho muy trivial á fuerza de repetirse: tiene una apariencia que deslumbra, pero en el fondo carece de toda solidez; voy á responder á ella brevemente. El conocimiento que Dios tiene de los sucesos futuros, no hace que éstos cambien de naturaleza; conoce lo que debe ser libre como libre, y lo que debe ser necesario como necesario. Dios sabia de antemano, que hoy nos habíamos de reunir en este templo, pero libremente; de modo, que si no hubiéramos sido libres en ello, su ciencia se hubiera engañado. Nuestra determinacion de reunirnos, no ha sido un efecto de la presciencia divina, sino solamente el objeto de ella. Cuando yo me determino á hablar, no es precisamente porque Dios lo ha previsto, sino que lo ha previsto porque yo debia determinarme á ello; asi como yo os veo en este recinto porque estais en él, pero no estais en él porque yo os veo; pues aunque tuviese yo mis ojos cerrados, estariais en él igualmente. Parece que se cree, que el conocimiento anticipado de un suceso es causa de él; pero esto es un error manifiesto. Yo preveo, que en concluyendo esta conferencia, vosotros y yo saldremos de esta reunion; pero esta prevision no nos pondrá seguramente en la necesidad de separarnos.

Léjos, pues de nosotros el fatalismo, no ménos temible por sus consecuencias, que falso en sus principios. No se nos ponderen para tranquilizarnos sobre sus resultas las virtudes de algunos Estóicos, ni los actos de beneficencia de algunos materialistas modernos: yo responderé á esto, que por una feliz inconsecuencia se han manifestado estos hombres mejores que sus sistemas; que en su conducta han olvidado sus principios para obrar como libres; que su sentimiento ha prevalecido sobre su metafísica; y que su opinion era tan evidentemente mala, que se vieron obligados en la práctica á abandonar sus teorías. Pero es una verdad horrible, que el fatalismo conduce al crimen á sangre fria; que enseña á los malvados á burlarse de los remordimientos, enseñándoles, que no son mas culpables por sus delitos, que la planta venenosa por el veneno que encierra. Esta es, señores, la ocasion de repetir aquellas palabras de un escritor muy célebre J. J. ROUSSEAU, y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo: «Huid de esos hombres, que á pretexto de

explicar la naturaleza, siembran en los corazones doctrinas destructoras... Derribando, destruyendo y hollando cuanto los hombres respetan, quitan á los desgraciados el último consuelo en su miseria; á los poderosos y á los ricos, el único freno que contiene sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crimen, las esperanzas de la virtud, y ¡aun se precian de ser los bienhechores del género humano! Dicen que la verdad nunca daña á los hombres: yo lo creo como ellos; y esta es á mi parecer una prueba de que no es la verdad lo que ellos enseñan.» Detestemos, pues, el fatalismo, sirvámonos santamente de la libertad, para poder ser premiados en el cielo, que os deseo.

ALMA.

(SU INMORTALIDAD.)

Creavit Deus hominem ad imaginem suam.

Crió Dios al hombre á imágen suya.

(Gen. I, 27.)

Hubo un tiempo mas dichoso, en que nuestros padres no se reunian en los sagrados templos sino para oír elogios de la virtud, porque la virtud era el patrimonio comun de aquellos siglos de fe y el distintivo de sus respectivas generaciones. Los oradores sagrados no ocupaban entónces la cátedra del Espíritu Santo para defender los dogmas de nuestra santa fe, sino para proponerlos á la piadosa veneracion del pueblo fiel que los escuchaba. ¡Cuán agradable debia ser entónces el ejercicio de este misterio sagrado de la divina palabra! ¡Cuán satisfactoria debia ser la noble tarea de difundir sobre almas bien preparadas, junto con la doctrina de salvacion, las luces y los consuelos que derrama sobre los fieles! Pero las circunstancias han